

Nº 619
2
Mayo
2022
Lunes

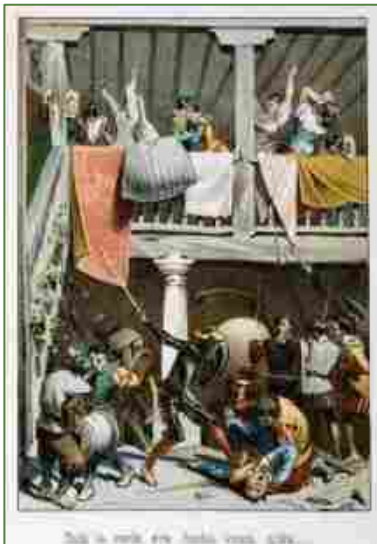


¿Lo tuyo mejor que lo mío? ¡Anda ya!

Emilio Álvarez Frías

Para entenderse, lo mejor es valorar y tratar de comprender lo que opinan los partidos de izquierdas y otras variantes tendentes al separatismo, entrenados en soltar, con harta frecuencia, dardos envenenados, al tiempo que no escatiman hacer uso de la mentira como base de discusión complementándolo con la descalificación de todo lo que digan, propongan o hagan los otros. Normalmente esta es la pauta de la izquierda en sus diferentes estados, fases y propósitos a lo largo de la historia, pues no se puede decir que sea novedad de los tiempos actuales.

Por ello, no es desatinado si nos inclinamos a echar mano de quienes hace siglos consideraron que el fin de la filosofía es la enseñanza de la virtud, según comentara Sócrates con sus discípulos en aquellas reuniones que crearon academia y de la que salieron las primeras normas éticas que enfocaron lo que



debiera ser el bien universal. Aunque, como vemos, pasados los tiempos se llegó a la conclusión de que la virtud y el conocimiento forman una unidad, lo que quedó reflejado en la célebre frase socrática de que «sólo sé que no sé nada». Y si bien el método socrático conduce al descubrimiento de la «verdad» por medio de las disensiones, por más disensiones que la historia produzca no se termina de encontrar la verdad, como vemos en nuestros días a día, aunque, sin duda, nos conduce a encontrarnos en el Campo de Agramante, en el que, incluso el arcángel san Miguel, después de hallar el Silencio y la Discordia hurgando en los claustros donde los frailes se disputaban la abadía de su convento, no llegó a encontrar

la solución; ni siquiera hubo éxito más tarde, cuando Rogelio anduviera tras la espada de Rolando, o luego, en el momento en el que Don Quijote intentara encontrar sosiego en el castillo tras sus andanzas, pues tuvo que escapar a uña de Rocinante; ni siquiera posteriormente con los esfuerzos de cuantos otros anduvieran con la sana intención de calmar el enfrentamiento que existía entre las discordias que saltaban por aquí o por allí. Disensiones que hemos heredado generosamente las últimas generaciones pues no nos conformamos con las grescas propias del tiempo sino que inclusive hemos

echando mano de las que hubiera anteriormente. Y en esa deriva del deseo de encuentro de la verdad, o su más cercana posibilidad, pretendemos imponernos negando el hálito de posible verdad que pueda anidar en los otros, los que no piensan como nosotros.

Partiendo de una verdad incuestionable como queda demostrada a lo largo de los años de que la disensión está plenamente asentada en lo que se da en llamar izquierda, y dado la voluntad que anida en sus principios de no apearse del burro –que dirían nuestros antepasados–, resulta difícil ir conjuntamente al encuentro de la verdad. Si esa izquierda se empeña en calificar a los otros de extrema derecha sin que se sepa exactamente qué significado tiene esa locución; si trata de imponer al país una forma de vida que el resto considera perjudicial y por ello reciben la evaluación de no tener sentido de estado; si sus dirigentes manipulan las leyes para que se pueda aprobar algo que está fuera de la propia ley; si se niegan a admitir rotundamente y con cerrazón lo que está en la mente de los otros sin tener en consideración el ánimo de estos de que pueda ser aceptado total o parcialmente para marchar juntos por el camino que conduce al encuentro de la verdad; en resumen, si no admiten la discusión y la suplen por la imposición, si se oponen al intercambio de criterios,



a que pueda existir una interpretación distinta a la que ellos mantienen y, actuando con desprecio, devienen en colgarlos el sambenito de ultra derecha. Con esa permanente y férrea postura no parece que existas otro remedio que opinar que España está convertida en un campo de Agramante difícil de arreglar. Y para solucionarlo no es solución adoptar la postura de Don Quijote de alejarse del castillo para buscar por otro territorio la verdad o al menos la tranquilidad que precisa su ajetreada vida; ni parece aconsejable sacar a relucir la espada de Rolando. Habrá que sentarse a meditar para dar con las banderas lejanas que

resultaron beneficiosas, o con nuevos gallardetes que conlleven al encuentro sugerido por Sócrates de que la virtud y el conocimiento forman una sola unidad.

Y si en el intento de hallar la verdad a través del disenso no resulta válido, no habrá otra solución que arrojar a las porquerizas las voces que sostienen el despotismo por encima de la razón, que insultan a voz en grito tal cual hace el líder socialista de Castilla y León Luis Tudanca por empezar con un individuo que se ha manifestado burdamente, hace poco, sin tener nada que ofrecer de sus hechos hasta el momento; o como Pedro Sánchez que, sin haber demostrado tener cualidad alguna para dirigir los designios de España trata de engañar y confundir a la población que tiene la obligación de cuidar y mejorar en su tránsito por la vida; o como los Echenique o Alberto Garzón que no sueltan otra cosa que sandeces cuando abren la boca; o las Ione Belarra que, aunque gozan de gran facilidad de palabra, cada vez que la utiliza es para dañar a algún contrario; o los Alberto Rodríguez que jamás dicen algo que pueda ser tenido en cuenta para un cambio de opiniones en busca de la verdad; o las descaradas como Maria Jesús Montero, que es incapaz de mantener una

conversación con la oposición sin desmelenarse; o las Irene Montero, que también tiene un importante puesto en el podio de las personas faltas de juicio pero que gozan de la capacidad de gastar millones del erario público con una largueza increíble; o la revelación Yolanda Díaz, que trata de imponer el arcaico comunismo a los españoles por encima de cualquier otro pensamiento o ideología, aunque, dada su ambición, parece ser capaz de acomodarse a cuanto simplifiquen su camino; o una infinidad de otros personajes españoles que disfrutan cantidad en el campo de Agramante, sin darse cuenta de que, aunque revuelvan en la abadía en la que intentó hallar solución el arcángel san Miguel, la Discordia que abunda por todo el campo no permite hallar el Silencio complementario que puede encaminar a la verdad.

Es difícil, pues, que tal como anda este campo en el que debiera deliberarse sobre el encuentro de la verdad, como hacían en la academia de Sócrates, encontremos, a través de los pasos que damos, una fórmula adecuada para su pacificación; ni siquiera dejando atrás el molino como hiciera Don Quijote. Harán falta medidas más acertadas incluso que la de la espada de Rolando. En nuestra modestia, intentando encontrar la razón, nos aherrojaremos a los consejos de nuestros botijos que tienen una larga vida, han aguantado soles y tormentas, no han despreciado escuchar palabras sabias y tonterías a mansalva, y, por ende, gozan de esa paz que da la cultura, los años y lo que han percibido per se. Hoy lo haremos acompañados del botijo que nos trae esta delicada joven que, seguro, tiene amplia sabiduría con la que enriquecernos.



* * *

Los apestados

Enrique del Pino

Cuando se tiene la desgracia de caer en las redes de la enfermedad lo primero que tenemos que hacer las personas es ponernos en manos de los médicos. Es cosa sencilla que, salvo excepciones, todo el mundo hace, a la espera de que se nos dé la solución. No hay recurso más eficaz que hacer frente al daño poniéndonos en manos de los que saben. El resultado lo sabremos pronto: o sanamos o vamos a peor. Así es la vida.

Si esto vale para nosotros, qué podemos decir de las instituciones. Cuando una de ellas, cualquiera, entra en esa nunca deseada experiencia, corre a cuenta de los responsables hacerse cargo de la situación. Un buen gestor admite la contrariedad y pone el asunto en los que tienen saberes para resolverlo; por regla general en todas las que se precian hay equipos capaces y raro es que los males se conviertan en endémicos. Entidades hay en España, a la hora de presente, que están francamente necesitadas de que las vean los galenos. No se trata de echar una ojeada al enfermo sino de profundizar en las causas y determinar, aunque sea basándose en los síntomas, su naturaleza. Si todo va bien, es probable que se arregle la situación; si no, el enfermo morirá. También aquí se puede decir que es ley de vida. La cuestión se reduce a

tener presente dos o tres premisas que en tiempos se decía eran de sentido común. Y, como consecuencia, las personas, las instituciones, los foros, las tertulias, las agrupaciones, hasta las simples reuniones de jóvenes sentados en torno a una mesa repleta de jarras de cerveza, mal que bien, funcionaban; es decir, gozaban de buena salud.

Pero España no es, en sentido estricto, una institución, sino una sociedad. No es hora de explicar a nadie lo que somos, pero sí recordar que late por estos valles y estas sierras como un ángel alado que nos infunde la secreta sensación de sentirnos unidos en una empresa conjunta. Un hálito indescriptible que se funde con los supuestos históricos que nos hacen ser nación, y esta es

una realidad intangible que miles de poetas y gente iletrada, cada cual, a su manera, ha sentido y siente. Es nuestro tesoro –no diré que cada país tenga el suyo– y como tal hemos de preservarlo. Es decir, tener conciencia de ello y hacer todo lo posible para que esa verdad, porque es verdad, permanezca. En circunstancias normales bastaría con la efímera, incluso frívola, imagen de las jarras de cerveza; pero es el caso que España está enferma. No quiero decir solo España, Europa y una parte extensa del mundo lo está. Ya no es solo la epidemia, convertida en pandemia, la que se ha adueñado de la salud de todos los países sino un virus mucho más letal y mortífero que nos va minando poco a poco. Sobran entendidos –médicos, epidemiólogos, virólogos, sujetos a sueldo de los estados, de las ONG, de sabe Dios qué chollo público– que cada día aparecen en las pantallas para decir cuatro chorradas que ni ellos mismos entienden, pero que a buen seguro les faculta a pasar por ventanilla. No, no es este el mal que nos aqueja. Lo que verdaderamente padecemos es el modelo de civilización. Occidente, por lo menos, es lo que está en vías de entrar en fase terminal. Estamos teniendo la mala suerte de vivir unos hechos que chocan frontalmente con los mínimos respetables necesarios para que el devenir discurra con arreglo a la Verdad, que quiere decir el Ser de las cosas. Y esa es la extraña e insólita enfermedad que necesita urgentemente ser tratada por un cirujano. Y he dicho cirujano, porque no bastaría, para arreglarlo, con unas simples pastillas de laboratorio.



Ya no es solo la epidemia, convertida en pandemia, la que se ha adueñado de la salud de todos los países sino un virus mucho más letal y mortífero que nos va minando poco a poco. Sobran entendidos –médicos, epidemiólogos, virólogos, sujetos a sueldo de los estados, de las ONG, de sabe Dios qué chollo público– que cada día aparecen en las pantallas para decir cuatro chorradas que ni ellos mismos entienden, pero que a buen seguro les faculta a pasar por ventanilla. No, no es este el mal que nos aqueja. Lo que verdaderamente padecemos es el modelo de civilización. Occidente, por lo menos, es lo que está en vías de entrar en fase terminal. Estamos teniendo la mala suerte de vivir unos hechos que chocan frontalmente con los mínimos respetables necesarios para que el devenir discurra con arreglo a la Verdad, que quiere decir el Ser de las cosas. Y esa es la extraña e insólita enfermedad que necesita urgentemente ser tratada por un cirujano. Y he dicho cirujano, porque no bastaría, para arreglarlo, con unas simples pastillas de laboratorio.

Tendría que descender ahora al territorio espurio que pisamos todos los días, pero no lo voy a hacer. Casi me da vergüenza adentrarme en él, ya sea por evitar los efluvios deletéreos que despiden tantos políticos de nuevo cuño que tratan de hacernos ver que la realidad –ellos creen que es la verdad– es la que les anima y con esto, y el talonario de cheques en los bolsillos, van tirando. Pero no es así. Bueno, es posible que entre la siniestra nube que organiza la salud de nuestra gente se levante algún día el polvo dorado de fuerzas puras, que de todo hay por ahí. No sobran ejemplos en España, pero hace muchos meses que algunas voces sonaron para declarar, tal vez con palabras contra corriente, la enfermedad palpitante. Sembraban, claro está, porque las buenas cosechas tienen su «tempo». Hoy, quiero decir hace unos días, el

polvo dorado se levanta por los suelos de Europa. En España, la vieja Castilla junto con León, por primera vez unos gritos valientes dicen más o menos lo que deben, con el asombroso rédito de haber ganado formar parte de un gobierno regional. Veamos lo que son capaces de hacer. Y, de no cambiar las cosas, pronto sonará en Andalucía, mi tierra.

Pues bien, a esa gente las llaman «ultraderecha», que puede traducirse por apestados. Sí, los que detentan los poderes de la Mentira en España, y que mandan, llaman apestados a los que la defienden, dejando en ropas menores a los que quieren destruirla; los mandamases que, viéndolas venir, proponen una cuadra de centroizquierda contra toda conjunción del PP con su partido afín, para hilvanar esa estupidez que llaman «cordón sanitario». Por supuesto, es una trampa. Supondría la muerte por inanición de una esperanza. Somos más de uno, diría millones, los que pensamos que al partido que anda mendigando por ahí miserias no hay que socorrerle ni dándole un vaso de agua. Así están las cosas. No vale el lenguaje que utilizan, no resulta fino hablar de apestados. Para peste, Dios no quiera que sea bubónica, ya hemos tenido muchas. Por ejemplo, la que ahora ellos representan.

* * *

El caballero y la doncella

Manuel Parra Celaya

El pasado 23 de abril, fiesta de *Sant Jordi*, tuvo como protagonistas, como es costumbre en Cataluña, el libro y la rosa; también, las tormentas seguidas e intempestivas, que se iban sucediendo para aguar el día (nunca mejor dicho).

Las gentes se habían echado a la calle –pero corrían, claro, a guarecerse cuando se abrían las nubes cada dos por tres– con la lógica ansia de despertar de la pesadilla de la pandemia del Covid, ese que, sin embargo, sigue sobre nosotros como la espada de Damocles; de esta forma, el uso de las mascarillas era variable e intermitente, dependiendo en muchos casos de los momentos de aglomeración, que eran muchos.

Muchos catalanes –entre los que me encuentro– opinaron hace tiempo que la *Diada* de la Comunidad Autónoma debiera de haberse celebrado en este día, y no el 11 de septiembre, conmemorativo de una derrota y proclive a una tergiversación de los hechos históricos, al confundir intencionadamente la palabra *Sucesión* con la de *Secesión* para adjetivar aquella guerra civil española entre partidarios de Austrias y Borbones. También hubo opiniones de celebrar la fiesta de Cataluña el 27 de abril, día de Nuestra Señora de Montserrat, esa que, como dice la segunda estrofa del *Virolai* (que no se suele



cantar nunca en determinadas parroquias) es, para todos los españoles *Estrella de l'Orient*; a esa propuesta se oponían los laicistas y, lo que es peor, callaba el clero y el pueblo católico.

Pero las cosas están como están... Lo cierto es que la mayoría de los catalanes, tozudos, siguen entusiasmados con la rosa y el libro –belleza, amor, cultura–, mientras otros se empecinan en historias falsificadas y en vanas quimeras.

Tras haber participado, como cada año, en una lectura pública del Quijote, me pilló de lleno una de las tormentas; tuve que retirarme a mi domicilio, y, tal como estaba el cielo, me dediqué a la lectura; para acompañar a la fecha, me releí el bellissimo cuento alegórico de Ángel María Pascual, *San Jorge o la política del dragón*, de 1949 (casualmente, el año de mi nacimiento). En la obra, el Caballero protagonista dice cosas como «solo son felices los que saben que la luz que entra por el balcón cada mañana viene a iluminar la tarea justa que le está asignada en la armonía del mundo»; y aconseja a un estudiante ceporro «no cedas al genio de la pereza o de la dejadez cuando te tienta a sugerirnos que le rindamos culto», y, a todos los ciudadanos del reino que quieran escucharle y comprenderle (las dos cosas) aquello de «sea cada uno de vosotros un agujijón contra la somnolencia de los que nos rodean».

No es extraño, en consecuencia, que los biempensantes del lugar tilden al Caballero de «loco peligroso», de que «corrompe a la juventud», de que «trastorna el orden social», y, como políticos de altura que son, terminen eliminándolo.

El autor, al final del relato, toma la palabra y, tras centrar al personaje histórico de San Jorge, soldado romano y mártir cristiano de Capadocia, vencedor del dragón de sus pasiones, lo hace trascender históricamente a las leyendas medievales, sin olvidar relacionarlo con otros Caballeros literarios, como el Conde Arnaldos, o reales en su existencia, como San Martín o San Ignacio de Loyola; al terminar el relato, surge la pregunta: «¿Y si vuelve el dragón?»; la respuesta es terminante: «Entonces queda la Doncella».

Esta alusión a la Doncella nos lleva al otro patronazgo de Cataluña, a la segunda fiesta que podía haber sido elegida como *Diada*: la de la Virgen de Montserrat, el día 27 de abril. A pesar de que lucía el sol sin amenazas de lluvia, también dediqué un espacio a la lectura; cayó en mis manos un ejemplar de *Catalunya Cristiana*, revista que no suelo leer, no por lo de su cristianismo, claro, sino por saber la predisposición de una gran parte del clero catalán y de la actitud meliflua del Arzobispado, a menudo tendente a *templar gaitas* por lo menos.

Y, efectivamente, leí un artículo del Rector del Santuario de Montserrat, encabezado con las llamativas palabras «Deseamos que Montserrat sea lugar de reconciliación y de esperanza»; ¡esto dicho a los pocos meses de la profanación de la capilla donde reposan los restos de los caídos del Tercio *Ntra. Señora de Montserrat* y de la eliminación de la figura del requeté agonizante que mira hacia el Santuario! Resultaba, por lo menos, una flagrante contradicción, y una



muestra de hipocresía; también, el Rector mencionaba los fastos, en 1947, de la *entronización* de la imagen de *la Moreneta*, y recalca que tuvo lugar «*poco después del final de la guerra civil*»; lógicamente, no explicaba el por qué tuvo que entronizarse la imagen en aquellas fechas... No quise seguir leyendo la revista.

Eso sí, no me olvidé de rezar en ese mes de abril a los dos intercesores, el Santo y la Virgen, por Cataluña y por toda España, y les rogué que alejaran de algunas mentes las alucinaciones colectivas del nacionalismo separatista; y que los *dragones* y los fariseos fueran vencidos y convencidos por la doble acometida espiritual del Caballero y de la Doncella.

* * *

El foro de profesores

Surgió tras el intento secesionista de 2017 al comprobar sus iniciadores la inacción de la intelectualidad

Rafael Sánchez Saus (*Diario de Sevilla*)

El silencio ante los grandes problemas de la vida española podría llevarnos a pensar que las universidades han abandonado su actitud militante de antaño para reducirse a un papel más en línea con su vocación científica y humanística. Cometeríamos un error. La ausencia de debate interno y de proyección externa está motivada, no por la desideologización, sino más bien por todo lo contrario: por la asunción acrítica y sin contrapeso de todo el entramado de la llamada «corrección política» y el alineamiento más o menos visible con las posiciones de quienes, ya a cara descubierta, trabajan por la mera liquidación, hoy conceptual, mañana fáctica, de España. Si alguien tuviera alguna duda de ello o me acusara de exagerado, me limitaría a responderle con la relación de actividades «culturales» organizadas en los últimos meses en mi propia Facultad y Universidad. Y no creo que se trate de excepciones en Andalucía ni más allá.



Por eso sorprende tanto, en ese panorama domesticado, la existencia del llamado Foro de Profesores, creado por un numeroso grupo de docentes universitarios, al que pronto se unieron profesionales de otras procedencias, con la intención de promover, dice su carta de presentación, «una plataforma de discusión, apoyo mutuo y

difusión de ideas de todos aquellos que tienen en común un compromiso con la unidad de España y respeto al Estado de Derecho». Este Foro surgió tras el intento secesionista de octubre de 2017 al comprobar sus iniciadores la inacción de la intelectualidad española, e incluso del propio Estado, ante la idea de España dominante en los medios extranjeros como consecuencia de la versión trasladada de forma insistente por la propaganda separatista: la de «una semi-dictadura que justificaba la lucha armada (en momentos pasados) o la

desobediencia civil e imposición de una legalidad alternativa». Varios años después, son innumerables los éxitos de este Foro en la lucha contra esa visión maniquea. El Foro de Profesores ha tejido una fuerte red de apoyos y ha prestado servicios muy considerables a la imagen exterior de España, algo decisivo en la lucha contra el secesionismo en el plano de las ideas y del combate intelectual.

Desde hoy hasta el sábado, el Foro de Profesores celebra en la Universidad de Sevilla su II Congreso con la asistencia de intelectuales y docentes que, sin adscripción partidista y con una más que notable transversalidad ideológica, tienen claro que la defensa de España y de la democracia no es tarea ajena a la Universidad.

* * *

Locura rusófoba

Dijera lo que dijera el nefasto Rousseau, el ser humano siempre ha sido y siempre será una fiera rabiosa.

Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

La maldita locura de las guerras nunca viene sola. Porque al horror insuperable de la muerte le acompaña siempre el odio, la mentira y la sinrazón. Con motivo de la tragedia ucraniana, el mundo entero está vertiendo sobre Vladímir Putin un odio insospechable hace sólo unos pocos días. La demonización sin fisuras, la atribución al enemigo del catálogo completo de taras ideológicas, morales y psíquicas, ha sido herramienta principal de todas las guerras desde Caín y Abel. Y dicha demonización suele sobrepasar el reducido círculo de las personas gobernantes para extenderse sobre los pueblos gobernados.

Por ejemplo, la propaganda desplegada durante el enfrentamiento hispano-inglés por el dominio americano llevó a Daniel Defoe a escribir a principios del siglo XVIII:

El nombre de español se considera expresivo de espantoso y terrible para todos los pueblos de la humanidad que sienten la compasión cristiana, como si el reino de España se caracterizara por producir una raza de hombres carentes de los principios de ternura y piedad hacia los miserables.



Y particularmente alucinante fue la hispanofobia sembrada por la prensa amarilla de Hearst y Pulitzer para conse-

guir que su Gobierno declarara la guerra a España en 1898 con el fin de expulsarla de Cuba y Filipinas.

En 1914 estalló una ola mundial de odios entrecruzados que probablemente batiese todas las marcas anteriores y posteriores. Aquel odio no se dirigió sólo hacia Gobiernos y personas; también hacia la lengua y la cultura de los

enemigos. Mientras que Shakespeare y Molière fueron desterrados de los escenarios alemanes, la música de Wagner y Strauss enmudeció en las salas de concierto de los países aliados. Los pianistas franceses e ingleses dejaron de interpretar a Brahms, Schubert y Liszt, representantes de los tres países enemigos, y se centraron en Chopin, hijo de la Polonia oprimida.

Aunque la xenofobia floreció en todos los países contendientes, Alemania se llevó la peor parte por el número y peso de sus enemigos. En Gran Bretaña, Francia y Rusia, así como en Estados Unidos, Canadá y Australia, se cambiaron el nombre de miles de lugares para eliminar el recuerdo alemán. El más conocido probablemente fuese San Petersburgo (Sankt-Peterburg), cambiado, por sonar demasiado germánico, a Petrograd, y diez años más tarde a Leningrad por motivos obvios. Además de los topónimos, millones de personas pasaron por el registro para mutar en ingleses sus nombres y apellidos con el objetivo de evitar la enemistad sobrevenida de sus vecinos. Hasta el emperador Jorge V proclamó que la Familia Real británica abandonaba sus germánicos títulos (Sachsen-Coburg und Gotha) y pasaba a llamarse House of Windsor.

En Estados Unidos, la col agria, la famosa sauerkraut, fue rebautizada como liberty cabbage (col de la libertad); las hamburguesas, como liberty steaks (filetes de la libertad); y el pastor alemán vio su nombre sustituido por el de pastor alsaciano. Pero la fobia no quedó limitada a las palabras: se rompieron amistades, se saquearon comercios, se destruyeron periódicos, se apaleó a quienes eran sorprendidos hablando alemán, se mataron a pedradas perros salchicha por considerarlos simbólicos de Alemania y se publicaron en la prensa listas de ciudadanos sospechosos de connivencia con el enemigo.

Pasó casi un siglo y en 2001, en los días posteriores a los ataques terroristas del 11 de Septiembre, algunos sijs estadounidenses sufrieron linchamientos,



a pesar de no ser ni árabes ni musulmanes, por el pecado de llevar turbante. Dos años más tarde, con motivo de la guerra de Irak, le tocó el turno a Francia por la oposición de Jacques Chirac a la decisión de George Bush II de invadir aquel país. La ola de francofobia que estalló súbitamente en Estados Unidos convirtió las French fries (patatas fritas) en Freedom fries durante un par de años.

Pero los norteamericanos no tienen la exclusiva de estas erupciones palabreras. En España, por ejemplo, sucedió algo similar

en los años de la primera posguerra, cuando la ensaladilla rusa y el filete ruso pasaron a ser llamados, para evitar la referencia al odiado enemigo comunista, «ensaladilla nacional» y «filete imperial». Y en 2006, cuando el periódico danés *Jyllands-Posten* encendió la ira de muchos musulmanes con unas caricaturas de Mahoma que fueron consideradas blasfemas, las célebres galletas danesas, hasta aquel momento llamadas por los iraníes Shrinieye Danmarki, se convirtieron durante algún tiempo en Rosas de Mahoma.

Ahora le toca a Rusia. El vodka Stolichnaya, con sede en Luxemburgo y producido en Letonia, ha anunciado que cambia su nombre a Stoli para distanciarse de sus orígenes rusos. En Chequia, el popular Ruská zmrzlina (helado ruso) acaba de convertirse en Ukrajinská zmrzlina (helado ucraniano). Rememorando el franquismo, algún restaurante español hay por ahí que acaba de rebautizar su ensaladilla rusa como ensaladilla de Kiev. Y el alcalde de Vilna, capital de Lituania, ha anunciado que la calle donde se ubica la embajada rusa ha pasado a llamarse Calle de los Héroes Ucranianos.

Todo esto no pasa de la anécdota. Pero lo grave es que el ministro de Cultura ucraniano, Oleksandr Tkachenko, haya manifestado: «Bajo la grandeza de Dostoievsky y Tolstoi, de Rachmaninov y Glinka, la política cultural rusa pretende justificar los horribles y criminales actos del Gobierno (...) Las sanciones culturales y la prohibición en todo el mundo de la herencia artística rusa privarán al agresor de otra herramienta de propaganda e influencia social». Y, entre otras medidas concretas, solicita la «eliminación de la difusión de la cultura rusa en los medios de comunicación». Pero ¿a qué lógica obedece que los músicos y literatos rusos de siglos pasados tengan que sufrir castigo por



las guerras de los gobernantes rusos de 2022?

De momento, en Florencia ha habido quienes han propuesto derribar la estatua de Dostoievsky, y en la Universidad Bicocca de Milán se ha pretendido cancelar un ciclo de conferencias sobre su obra. La Orquesta Nacional de Eslovaquia ha retirado Alexander Nevsky de Prokofiev de un concierto

programado para dentro de unos días, la Ópera de Varsovia ha hecho lo mismo con Boris Godunov de Mussorgsky y la Orquesta Filarmónica de Zagreb ha cancelado la interpretación de dos obras de Tchaikovsky.

Las reacciones más airadas están teniendo lugar en los países de la antigua esfera soviética, donde se está cayendo en la tentación de atribuir a las personas de pasaporte ruso la culpa de las acciones del Gobierno de Moscú: profesores que se niegan a dar clase a estudiantes rusos, hoteles que se niegan a alojar a clientes rusos, inmobiliarias que se niegan a vender casas a rusos, personas que insultan, escupen y agreden a quienes hablan ruso por la calle, y hasta ha habido casos de niños rusos acosados por sus compañeros en los colegios.

El ser humano, siempre aprovechando cualquier excusa para demostrar su torcida índole, para hacer el mal por el mero gusto de hacerlo, sin esperanza de beneficio, sin ni siquiera conocer al dañado. Y si lo puede hacer amparado en la masa, disimuladamente, tirando la piedra y escondiendo la mano, miel sobre hojuelas. Dijera lo que dijera el nefasto Rousseau, el ser humano siempre ha sido y siempre será una fiera rabiosa.

* * *

El «virus woke»

En el primer trimestre del año, Netflix perdió 200.000 suscriptores, su primera caída en diez años. El impacto en Bolsa de esta noticia fue brutal: una caída del 36% en el valor de sus acciones.

Juan Manuel de Prada (ABC)

El magnate Elon Musk, que es un cabroncete con pintas, le ha cogido el gustirrinín a escarnecer a otros magnates y arruinar sus compañías a golpe de tuit. La última diana de sus dardos ha sido Netflix, que está perdiendo suscriptores a chorros y sufriendo descalabros bursátiles de órdago. Para explicar estas calamidades, en Netflix han recurrido a las mismas paparruchas que emplean el doctor Sánchez y sus compiyoguis de Bruselas para justificar sus latrocinios (que si Putin y tal); pero el cabroncete de Musk asegura en un tuit que el hundimiento de Netflix es causado por el «virus woke» que infecta todas sus producciones.

De vez en cuando, para poner rabiosa a la muchedumbre de zoquetes que infesta interné, escribo artículos que golpean donde sé que más les duele (allá donde sus vidas arrasadas encuentran cobijo y consuelo): la pornografía (el soma con el que matan la tristeza de la carne), el evolucionismo (el mito cientifista con el que llenan los hangares vacíos de su alma), las series televisivas encumbradas como obras maestras de la semana, que son el libro de los que no leen. Todas estas series resultan, infaliblemente, bazofia sistémica de la peor calaña, infestadas de estereotipos grotescos y burdos clichés ideológicos, con guiones paparruchescos y digresivos y personajes inconsistentes y esquemáticos. Y todas ellas apestan a nihilismo; todas ellas están risueña-

mente consagradas a la exaltación frívola del mal.



En todas las series se incluye de las formas más forzadas la consabida menestra étnica, el consabido sopicaldo penevulvar, el consabido engrudo políticamente correcto. Pero, mientras estas bazofias son administradas con cierto disimulo por otras compañías, como quien vomita morigeradamente en una bolsita y luego se limpia con pudor las comisuras de los labios con la puntita del pañuelo, en las series de Netflix el vómito es siempre a chorro libre, con sus arcadas tremebundas, sus

tropezones sin masticar y sus salpicaduras asperjadas por doquier. En las series de Netflix hay hombres embarazados, indios comanches que se percuten el recto, príncipes escandinavos negros, monjas de clausura transgénero, cualquier mamarrachada woke tiene salvoconducto para acampar en los cerros de Úbeda. Si las series de las demás compañías suelen estar concebidas por tipos protervos y sibilinos, las series de Netflix parecen concebidas por

los villanos de *Los juegos del hambre* en plena resaca de anisete, y dirigidas a un público íntegramente formado por homínidos dispuestos a recuperar hábitos plantígrados, y hasta a reproducirse por esporas, con tal de combatir el cambio climático o batir el récord de resiliencia inclusiva.

En realidad, los dardos del magnate Musk contra Netflix no son sino un avatar más de la Torre de Babel. Pero es hermoso asistir al derrumbe de una época podrida hasta el tuétano. Si Netflix es el epítome de esa podredumbre, Musk es su catalizador. Dándonos el mismo asco ambos, nuestras simpatías sin embargo están con el segundo.

* * *

Las cinco razones de Podemos y Esquerra para el derribo de la «soldado Robles»

La ministra de Defensa se ha convertido esta semana en el objetivo a batir de la coalición Frankenstein. La excusa es Pegasus, pero hay antes muchas otras cosas más.

Javier Ruiz de Vergara (*ESdiario*)

La ministra de Defensa se ha convertido esta semana en el enemigo público número uno de la coalición Frankenstein. Desde Podemos hasta Esquerra, pasando por PNV y Bildu, los socios principales de Pedro Sánchez han puesto precio a garantizar la estabilidad de lo que resta de legislatura: la salida del Gobierno de la que CIS de Tezanos tras CIS de Tezanos es de largo la ministra mejor valorada del gabinete progresista.



Sin embargo, la operación derribo de la soldado Robles viene de mucho antes, casi desde que arrancara la presente legislatura. Porque Robles, independiente y con muchos años de carrera a sus espaldas, ha tenido el don que, por ejemplo, no ha tenido su compañero Fernando Grande Marlaska: ser fiel a sus principios y a su trayectoria pasada.

Ejercer de embajadora del viejo PSOE arrinconado durante el sanchismo. No se ha mordido la lengua y ha plantado cara tanto al populismo como al independentismo e, incluso, al nacionalismo moderado que representa el PNV.



Cinco son, a grandes rasgos, los asuntos en los que Margarita Robles ha ejercido de verso suelto, clamando en todas estas ocasiones en el desierto de un PSOE sometido a los peajes de su líder para seguir en La Moncloa sin irritar a sus avalistas.

El Ejército en la pandemia

El primer encontronazo de Robles con Pablo Iglesias, Gabriel Rufián y Mertzxe Aizpurúa se produjo durante el primer estado de alarma. La ministra decidió

desplegar a la UME en toda España para desinfectar instalaciones estratégicas.

Y llevó al Ejército muchos años después a Cataluña y el País Vasco. Para sorpresa de muchos y enfado de otros, en muchos pueblos catalanes los soldados fueron recibidos con aplausos y otros gestos de agradecimiento. «El Ejército estará en todos los lugares de España en el que se le necesite», se defendió la ministra ante las críticas.

Fue la UME, además, la que descubrió el horror en algunas residencias de mayores. Que dependían del entonces vicepresidente primero, Pablo Iglesias.

En defensa del Rey

Solamente en un miembro del Gobierno ha encontrado la Monarquía un apoyo claro, sin matices y público. Solamente Robles se ha plantado ante las sucesivas ofensivas de Frankenstein contra Felipe VI.

Y solamente Robles ha puesto en valor la hoja de servicios de Juan Carlos I y su contribución a la consolidación de la democracia. Incluso en los momentos más delicados del Emérito. A cada exabrupto de los Iglesias, Belarra o Echenique ha respondido sin complejos la ministra de Defensa.



El adanismo político

Robles ha hecho causa contra varias ministras de Podemos, en especial contra Ione Belarra, a la que ha parado los pies en más de una ocasión, sobre todo cuando la cúpula morada ha arremetido contra la independencia judicial .

Y ha afeado el adanismo de Podemos cuando en varias ocasiones ha ironizado: «Yo no tengo Twitter, tengo mucho trabajo».

Marchena, procés e indultos

También se batió Robles el cobre durante el juicio contra Oriol Junqueras y el resto de los golpistas del 1 de octubre. Y durante la tarea del magistrado Pablo Llarena para sentar en el banquillo a Carles Puigdemont.



Tanto Marchena como Llarena han recibido desde Esquerra y Junts, pero también desde Podemos y sus socios de los Comunes de Ada Colau, constantes ataques a los que la ministra de Defensa siempre ha respondido elogiando la profesionalidad del Supremo. Expresó sus dudas sobre los indultos, aunque lo cierto es que no se desmarcó en el Consejo de Ministros que los aprobó.

Ucrania y la OTAN

La última trinchera entre Robles y la coalición Frankenstein –al margen de la actual polémica del espionaje con Pegasus– la ha provocado la invasión rusa de Ucrania. Y el envío de armas a Kiev rechazado por Podemos y ERC.

Aún hace unos días, Robles declaró la guerra total a la cúpula morada al ironizar contra el pacifismo de Belarra: «Ojalá logre convencer a Putin».

* * *

En este Gobierno están como cabras

La enésima patochada del Gobierno, pasa por eliminar el vino y la cerveza de los menús que cada día comemos millones de españoles en restaurantes de toda suerte y condición

Eduardo Inda (*La Razón*)

Nuevamente, fue Isabel Díaz Ayuso la que mejor salió al paso de la enésima patochada del Gobierno, que pasa por eliminar el vino y la cerveza de los menús que cada día comemos millones de españoles en restaurantes de toda suerte y condición, además de invitarnos a no fumar en nuestro teóricamente sacrosanto hogar. Esta vez la jaimitada lleva la firma de la ministra de Sanidad, Carolina Darias. La presidenta de Madrid, el personaje de largo con más reflejos de la política nacional, valoró en tiempo récord el enésimo tic autoritario del Ejecutivo con un vaso repleto de blanco en primer plano: «El Gobierno quiere prohibir el vino en las comidas». Para variar, la excusa del Ministerio era falsaria: el vino no sólo es cardiosaludable, porque contiene antioxidantes en cantidades industriales, sino que para más señas lo prescriben todos los médicos solventes del mundo. A lo mejor es que la titular del Ministerio que tiene dos directores generales imputados por malversar, prevaricar y defraudar con las mascarillas se piensa que todos los que nos tomamos una copita de vino en las comidas somos unos borrachuzos. Todo en exceso es malo: tomar compulsivamente algo tan aparentemente sano como una lechuga, beber Coca-Cola como si no hubiera un mañana o ingerir zumo de naranja sin parar, en este último caso porque te puede sobrevenir una diarrea de ésas que tiembla el misterio. Y tampoco es cuestión de pasarse todo el día visitando al señor Roca. El alarmante quid de la cuestión reside en que lo que aparenta ser otra chorrada de esta banda es en realidad una demostración más de lo cachondos que les pone prohibir. Lo de estos franquitos de la vida huele. ¿O acaso hemos olvidado cómo Alberto Garzón le metió una puñalada traperera a ese sector cárnico español que da trabajo a cientos de miles de españoles en una entrevista a un diario inglés? «Contaminan el suelo, contaminan el agua y luego exportan esta carne de mala calidad de estos animales maltratados [sic]», afirmó literalmente el ministro de Consumo en *The Guardian*. El colmo del gilipollismo llegó minutos después cuando espetó a un boquiabierto periodista británico: «Los hombres no quieren comer menos carne porque ven afectada su masculinidad [requetetic]». ¿Qué carajo tendrá que ver el culo con las témporas? Los comunistas bolivarianos de Podemos y esos socios de ETA que son los sanchistas se pusieron de acuerdo hace dos años para reclamar «los lunes sin carne». Es decir, para que todos los españoles comencemos la semana absteniéndonos de jamar este proteínico alimento.



Tonto el último debió pensar el Gobierno aragonés de Javier Lambán al poner encima de la mesa otra ridiculez que se comenta por sí sola. «Comer gusanos como alternativa sostenible», era el *leit motiv* de la campaña que les debió de costar a los contribuyentes aragoneses un ojo de la cara. Dos frases se me vinieron instantáneamente a la cabeza: «¡qué asco!» y «¡que Lambán se meta los gusanos donde le quepan!». Más barrabasadas: por ejemplo, otra iniciativa de Alberto Garzón en la que instaba a prohibir la publicidad dirigida a niños de dulces, pasteles, helados y zumos. El zasca que le metió Ayuso provocó en los liberales de este país una sensación parecida al orgasmo: «Drogas sí, dulces no». Tal vez lo que habría que hacer es impedir legalmente la presencia en el Gobierno de España de personas que están como cabras, como las maracas de Machín o como una regadera. O quizá bastaría con recordarles la leyenda que escribían en las paredes de París los jóvenes revolucionarios que protagonizaron Mayo del 68: «Prohibido prohibir».

* * *